

Dos Conceptos de libertad *

Isaiah Berlin

El pluralismo, que implica libertad «negativa», me parece un ideal más verdadero y más humano que los fines de aquellos que buscan en las grandes estructuras disciplinarias y autoritarias el ideal del autocontrol «positivo» de las clases, de los pueblos o de la entera humanidad. Es más verdadero porque, al menos, reconoce el hecho de que los fines humanos son múltiples, son en parte inconmensurables y están en permanente conflicto. Suponer que todos los valores pueden medirse con el mismo patrón, de forma que sea mera cuestión de examen saber cuál es el superior, me parece una forma de ocultar que sabemos que los hombres son agentes libres, y aparentar que las decisiones morales pueden tomarse, en principio, mediante una regla de cálculo. Afirmar que hay una síntesis última que lo reconcilia todo, todavía por realizarse, en la que deber e interés son lo mismo; libertad individual y democracia pura o Estado autoritario son lo mismo, es tapar con metafísica lo que no es sino autoengaño o pura hipocresía. Es más humano porque no priva a los hombres (como hacen los constructores de sistemas) de aquello que se les ha hecho indispensable para su vida, en tanto seres humanos imprevisibles y que se transforman, en nombre de un ideal remoto o incoherente.⁶¹ A la postre, los hombres eligen entre valores últimos; eligen del modo en el que lo hacen porque sus vidas y sus pensamientos están determinados, al menos en espacios y tiempos largos, por conceptos y categorías morales fundamentales que forman parte de su ser, de su pensamiento y del sentido de su propia identidad. Son parte de lo que les hace humanos.

Quizá el ideal de la libertad de elegir fines, sin pedir que tengan validez eterna, y el pluralismo de valores a él ligado, sean, tan sólo, el fruto tardío de nuestra decadente civilización capitalista: un ideal que no reconocieron ni las edades remotas ni las sociedades primitivas y que la posteridad contemplará con curiosidad, quizá con simpatía, pero con poca comprensión. Puede que así sea. Pero no me parece que de esto se concluya en escepticismo. Los principios no son menos sagrados cuando no puede garantizarse su duración. De hecho, puede que el deseo mismo de garantías acerca de que nuestros valores sean eternos y de que se encuentren seguros en un lugar celestial y objetivo no sea sino nostalgia profunda de las seguridades de la infancia o de los valores absolutos de nuestro pasado primitivo. «Darse cuenta de la validez relativa de las convicciones propias -dice un admirable escritor de nuestro tiempo- y, no obstante, defenderlas resueltamente, es lo que distingue a un hombre civilizado de un bárbaro».⁶² Pedir más es quizás una necesidad metafísica profunda e incurable. Pero permitir que ésta determine la propia práctica es síntoma de una inmadurez moral y política igualmente profunda y más peligrosa.

* Isaiah Berlin, *Sobre la libertad*, Alianza Editorial, Madrid, 2004, págs. 254-255.

⁶¹ También sobre esto me parece que Bentham habló bien: «Los intereses individuales son los únicos intereses reales [...] ¿Se puede concebir que haya hombres tan absurdos que [...] prefieran el hombre que no existe al que existe, y que atormenten a los vivos con la pretensión de promover la felicidad de los que aún no han nacido y puede que no nazcan nunca?» *De l'esprit des lois*, p. 321. Ésta es una de las pocas ocasiones en las que Burke estaría de acuerdo con Bentham, pues este párrafo trasluce el núcleo de la concepción empírica de la política en tanto opuesta a la concepción metafísica.

⁶² Joseph A. Schumpeter, *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Londres, 1943, p. 243.